

MARIANO JUAN Y FERRAGUT

*La armada y el factor naval en la
Guerra de la Independencia*

29 DE MARZO DE 2007

MARIANO JUAN Y FERRAGUT

CAPITÁN DE NAVÍO (R). CONSEJERO COLABORADOR DEL INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL. ES VICEPRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN LETRAS DEL MAR Y PRESIDENTE DE SU COMITÉ ASESOR; ACADÉMICO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA MAR; VICESECRETARIO GENERAL DE LA ASAMBLEA AMISTOSA LITERARIA; VOCAL DE LA COMISIÓN DE CULTURA DE LA REAL LIGA NAVAL ESPAÑOLA Y DEL INSTITUTO ESPAÑOL ALMIRANTE BROWN. FUE DIRECTOR DE LA REVISTA GENERAL DE MARINA Y COLABORADOR DE LA REVISTA RECONQUISTA.

HA SIDO COMANDANTE DE VARIAS UNIDADES DE LA ARMADA, COMO LA FRAGATA *ASTURIAS*; JEFE LOS EM DE LA Z.M. DEL ESTRECHO Y DE LA FLOTILLA DE SUBMARINOS; DE LA UNIDAD DE POLÍTICA EXTERIOR DE DIGENPOL; Y DEL GABINETE DE ESTUDIOS DE LA JEFATURA DE APOYO LOGÍSTICO DE LA ARMADA. TAMBIÉN HA ESTADO DESTINADO EN LOS EM DE LA ARMADA Y DE LA DEFENSA. PARTICIPÓ EN LA CONFERENCIA DE DESARME DE ESTOCOLMO.



Estamos en la antesala de una gran conmemoración histórica. Dentro de poco más de un año se cumplirán 200 del inicio de la Guerra de la Independencia, del 2 de mayo de 1808. El Ministerio de Defensa creó en octubre de 2005 una comisión encargada de programar, impulsar y coordinar las acciones y actividades necesarias para la conmemoración de este trascendental evento de nuestra historia, que ha recibido, en general, en la historiografía española y en los fastos oficiales, un tratamiento de honor. El 2 de mayo es nuestra gran fiesta patriótica. Todavía muchos recordamos cuando era fiesta nacional en toda España, aunque ahora sólo lo es en la Comunidad de Madrid

Inicialmente, a la Guerra de la Independencia nosotros la denominamos «Guerra de España contra Napoleón Bonaparte». Los ingleses la conocen como «Peninsular War» y los portugueses «Guerras Peninsulares». Los franceses la llaman «Guerre d'Espagne», mientras que sus contiendas contra Rusia, Italia o Egipto son «campagnes». Pero lo de España es «guerre». Guerra total y prolongada, guerra a ultranza, con el país entero, con todo su territorio alzado en armas. La maldita guerra de España y causa de todas las desgracias de Francia, como dijo Napoleón en su exilio de Santa Elena. Fue una lucha a muerte, que arrasó España, que la dejó en ruinas. Se debe destacar, junto a la pérdida de vidas humanas, la destrucción del país que la guerra trajo consigo. España es mucho más pobre en 1814 de lo que era en 1808 y a este resultado contribuyeron tanto los enemigos franceses como nuestros aliados –no digo amigos– ingleses y los propios patriotas españoles.

La Guerra de la Independencia constituye un hecho clave en la historia de España, fracturó el Antiguo Régimen, el pueblo accedió a la escena política, entramos de lleno en la edad contemporánea y se promulgó la primera constitución española. Pero el balance de la guerra hubo de ser negativo en casi todo, ya que además de arruinar material y económicamente a España:

- Aceleró una crisis política de extraordinaria virulencia y gran duración.
- No sólo frenó el progreso del país, sino que nos ocasionó un retraso en este concepto que habría de pesar gravemente en nuestro futuro.
- Se agudizó en forma impresionante la tensión ideológica del país, lo que propició la aparición de las dos Españas.
- Nos costó la mayor parte del imperio colonial. Hay una estrecha relación –casi de causa / efecto– entre la Guerra de la Independencia y la emancipación de la América española continental.
- Propició la consolidación del «militarismo», entendido este fenómeno como el de la participación de los militares en la política activa.
- La masonería tomó por entonces gran incremento en España. Mientras Murat fundaba en Madrid un gran oriente con la logia «La Estrella», los soldados de Wellington fundaban también las suyas, como la logia «Hijos de Edipo» en Cádiz, a la que se afiliaron muchos de los diputados de las Cortes de 1810. Un gran número de personalidades políticas y militares de la época aparecen afiliados a la masonería: el conde de Montijo, Mendizábal, Riego, Ventura Rodríguez, Jovellanos, Cayetano Valdés, el general Castaños, Porlier, Lacy, el conde de la Bisbal, etc.
- Se acuñan nuevos términos que del español se convierten en universales: «liberal», «guerrilla», etc.

Pero antes de detallar algunos aspectos de la participación de la Armada y sus hombres en la Guerra de la Independencia, así como resaltar la importancia que tuvo el factor naval en su desarrollo y resultado final, pasemos a resumir sus antecedentes.

ANTECEDENTES

Fracasado en Trafalgar el plan de invasión de Inglaterra, Napoleón decreta en 1806 el bloqueo continental contra el comercio inglés. Al año siguiente, 1807, firma con Rusia la paz de Tilsit, lo que permite al emperador desentenderse del frente oriental y fijar su atención en la península ibérica. En España ocupa el trono Carlos IV, pero el árbitro de la política española es Godoy, el Príncipe de la Paz, un modesto hidalgo extremeño que de ser un simple guardia de Corps se había elevado a generalísimo de las Armas de Mar y Tierra, Almirante general de España e Indias y Protector del comercio marítimo, todo ello gracias a sus cualidades y virtudes, que quien mejor conocía era la reina María Luisa, la cual tuvo trece embarazos en alguno de los cuales tuvo que ver Godoy, y sobre el cual el humor popular decía: «Por delante Almirante y por detrás Príncipe de la Paz». En todo caso, la opinión pública del momento consideraba a Carlos IV bueno, débil y necio, a la reina como una perversa pécora, mientras

que Godoy era un monstruo odiado y el Príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII, era la esperanza personificada, al que el pueblo atribuía unas virtudes que resultaron falsas, pues resultó ser el rey más nefasto de la historia de España. Godoy acabó convirtiéndose en una marioneta de Napoleón y, a medida que aumentaba su poder, fue creciendo el partido fernandista.

Portugal, aliada de Inglaterra, se resiste al bloqueo continental dictado por Napoleón, y éste negocia con Godoy el Tratado de Fontainebleau, por el que España permite el paso de un ejército francés para ocupar Portugal y cerrar sus puertos al tráfico comercial con Inglaterra. A finales de noviembre de 1807, Junot ocupaba Lisboa y la familia real portuguesa tiene que embarcarse hacia Brasil bajo la protección de la flota británica.

Pero los franceses no sólo conquistan Portugal sino que ocupan puntos estratégicos de España, situando en nuestro país mas de 100.000 hombres, que se apoderan de forma artera y desleal de lugares como las ciudadelas de Pamplona y Barcelona, así como del castillo de Montjuich. También ocupan San Sebastián, el castillo de Figueras, que junto a la presencia de fuertes guarniciones francesas en Burgos y Valladolid, aseguran tanto la línea de comunicación con Portugal como la frontera pirenaica.

Previamente, Napoleón había desarticulado el ejército español al exigir a Godoy el envío de un cuerpo seleccionado de tropas al norte de Alemania, que en 1808 contaba con unos 14.000 hombres y operaba en Dinamarca, bajo el mando del marqués de la Romana, mientras otros tantos quedaban entretenidos en la campaña de Portugal. Posteriormente, en febrero de 1808, se produjo otra exigencia francesa a Godoy, quien ordena a Cayetano Valdés, jefe de la Escuadra de Cartagena («Reina Luisa» buque insignia, «San Pablo», «Guerrero», «San Francisco de Paula», «San Ramón» y «Asia»), su traslado a Tolón, orden que éste no cumplió alegando vientos desfavorables. La escuadra fue a palma de Mallorca y posteriormente a Mahón. Ello motivó que Murat pidiese al rey que cesase y desterrase a Valdés y que fuese sustituido por Salcedo, quien tampoco cumplió la orden a pesar de ser un firme partidario de la alianza con Francia.

El doble juego del emperador es tan claro que al fin Godoy se percata de sus verdaderos propósitos. El 11 de marzo llega a Madrid Eugenio Izquierdo, el firmante español del Tratado de Fontainebleau y hombre de la máxima confianza del Príncipe de la Paz. Sus informes son precisos: Napoleón tenía decidido dar fin al reinado de Carlos IV y, con él, al gobierno de Godoy. No había mas que una solución: huir como había hecho la familia Braganza de Portugal, primero a Andalucía, de allí a Baleares y si era preciso a América.

Pero el viaje fue muy corto. Terminó en la primera etapa, la noche del 17 al 18 de marzo. El motín de Aranjuez organizado por el príncipe Fernando daría fin al gobierno de Godoy y al reinado de Carlos IV, quién abdicó en su hijo.

Para Napoleón, Aranjuez fue su gran oportunidad: le convertía, por ingenuidad de los protagonistas del drama, en el árbitro de la situación, y tomó dos medidas. La primera, ordenar la ocupación militar de Madrid. Así, el 23 de marzo Murat entra por la puerta de Alcalá a tambor batiente. Lo hace con apariencia de ejército aliado, y los madrileños, creyendo que viene para ayudar a Fernando VII en contra del odiado Godoy, lo reciben con muestras de júbilo. La segunda medida, de una manera que ha sido calificada de pérfida, es atraer a toda la familia real a Bayona con el pretexto de encontrar una solución a sus querellas

Fernando VII, que había entrado en Madrid al día siguiente de que lo hiciera Murat, abandona la capital dejando una junta presidida por su tío, el infante y almirante general Antonio Pascual. El día 20 llega a Bayona y diez días más tarde también llegan allí los reyes padres. La tragicomedia en el palacio de Marrac, residencia del emperador en Bayona, va a comenzar. En dicho escenario se van a desarrollar las escenas más bochornosas de nuestra historia: acusaciones, traiciones, disputas, amenazas, etc. El desenlace, 6 de mayo, fue la renuncia de toda la familia real borbónica al trono de España a favor del emperador. Pero cuatro días antes se habían producido en Madrid los luctuosos sucesos del Dos de Mayo.

EL DOS DE MAYO... MARINERO

Se han escrito multitud de versiones sobre los trágicos sucesos que tuvieron lugar en la capital de España el 2 de mayo de 1808; incluso se ha llegado a afirmar que el levantamiento del pueblo de Madrid no fue espontáneo, sino que fue instigado y preparado por el capitán general de la Real Armada D. Francisco Gil, a la sazón Inspector General de la Real Armada, y Secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina.

Los últimos acontecimientos y la ostentosa presencia de las tropas francesas en Madrid motivaron un estado de gran excitación y violencia que culminó cuando los últimos miembros de la familia real fueron sacados de Palacio para conducirlos a Bayona. El grito «¡Que se los llevan!», lanzado por una vieja, enardeció al pueblo que invadió el Palacio. Murat mandó un batallón de granaderos, los cuales dispararon sobre los amotinados. Esta fue la señal de lucha; el pueblo de Madrid se echó a la calle buscando armas y batiéndose en todas partes con los franceses.

El alferez de fragata D. José Ezeta, que se encuentra de paso en la Corte, se pone al frente de un grupo, los arenga y se dirigen al Parque de Artillería en busca de armas. Allí se encuentran a los capitanes Daoíz y Velarde y a los tenientes Ruíz y Arango. Daoíz se debate entre el deber militar que le impide entregar armas sin orden expresa de sus superiores y el deber de impedir la masacre de sus compatriotas. Ezeta pide a los heroicos artilleros armas, con aquella frase que cita Arango: «Porque ha-

biendo los franceses tocado a degüello era preciso decidirse a morir matando». Las palabras de Ezeta deciden a Daoíz a entregar las armas a los paisanos. Pero para hacer legal la entrega se conviene dar cuenta de ello al general inspector de artillería. Ezeta se ofrece voluntario, pero no regresó al Parque, pues fue víctima de los franceses.

En otros lugares de Madrid, los grupos luchan contra los mamelucos de Murat, y al frente de uno de ellos lucha con bravura el alférez de fragata Juan Van Halen, a la sazón destinado en la Corte como ayudante personal del Inspector general del Cuerpo de Ingenieros de Marina. Con el tiempo, el joven Van Halen se pasó al Ejército, alcanzando el empleo de mariscal. También fue mayor de la Caballería rusa y teniente general del Ejército belga. Falleció en Cádiz en 1864.

A pesar de las órdenes de la Junta, la que dejó Fernando VII, de que las tropas permaneciesen en sus cuarteles sin tomar parte en la insurrección del populacho (así lo calificó la Junta), el alférez de fragata D. Manuel Esquivel, que estaba destinado en la compañía de Granaderos de Marina (fuerza que Godoy había ordenado que se trasladara de Cartagena a la Corte para que fuera su guardia personal), se encontraba de guardia en el Gobierno Militar, sito en la Casa de Correos de la Puerta del Sol. Al ser relevado, marchó con la tropa a su acuartelamiento, en el Palacio del Buen Retiro, donde según unos permaneció con la totalidad de la Compañía alistada, y según otros luchó en las calles, siguiendo el ejemplo de sus bravos compañeros Ezeta y Van Halen.

De todos es conocido el final de aquella jornada trágica. Las sombras de la noche de aquel luctuoso día sólo fueron alteradas por los fogonazos de los piquetes franceses fusilando en los altos de la Moncloa y en el Retiro a los defensores de la patria, inmortalizados por Goya en su famoso cuadro.

Dos anécdotas «marineras»: Daoíz también había sido marino, prestando sus servicios desde 1797 como artillero de la Armada, embarcado en lanchas cañoneras y en el navío «San Ildefonso», con el que hizo dos viajes a América. Fue ascendido a capitán en 1800, cuando aún continuaba su servicio activo en la Marina. La otra anécdota se refiere al cuadro de los fusilamientos de Goya, pues resulta que los componentes del piquete de ejecución también son marinos; por el armamento y uniforme que visten pertenecen al «Bataillon de Marins de la Garde Imperiale» del emperador, que se hallaba acuartelado en el Cuartel del Conde Duque, muy cerca del lugar de los fusilamientos, la montaña del Príncipe Pío, en la zona que actualmente se ubica la Plaza de España.

Los sucesos de Madrid llegaron al conocimiento del alcalde de Móstoles, D. Andrés Torrejón, por el sacerdote D. Fausto Fraile, huido de la Corte. El alcalde convocó al Concejo e invitó a la reunión a D. Juan Pérez Villamil, Auditor del Consejo Supremo del Almirantazgo, que a la sazón se encontraba en Móstoles, donde poseía una villa en la que pasaba largas temporadas y donde gozaba de gran prestigio y autoridad entre las autoridades y vecinos de aquella localidad. Oído el relato del citado sacerdote, el alcalde propuso acudir a la corte al frente de los vecinos de Móstoles

para ayudar a los madrileños. Pero Pérez Villamil, aconsejando calma y serenidad, se impuso, a la vez que expresó su opinión de que lo mejor era avisar a todos los pueblos de lo que ocurría. Entonces se acordó y se redactó por el citado miembro del Almirantazgo el célebre bando: «La patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, acudid a salvarla!».

La rapidez con que el parte se trasladó a otros lugares de España lo indica el hecho de que Antonio el postillón, muchacho de 23 años, que salió de Móstoles el mismo día 2 de mayo por la noche, llegó el 5 a Lumbres de San Bartolomé, provincia de Huelva. El citar a esa localidad onubense es debido a que en el archivo municipal se conserva el original del famoso bando, cuyo texto difiere del señalado anteriormente: «señores Justicias de los pueblos a quienes se presentase este oficio de mí el Alcalde de Móstoles: ...en Madrid está corriendo ahora mucha sangre; como españoles es preciso que muramos ahora por el Rey y por la Patria... procedamos pues, a tomar las activas providencias... acudiendo al socorro de Madrid y demás pueblos...».

En todo caso, fue Villamil el iniciador de la contienda, aunque la responsabilidad y gloria fuera del alcalde que firmó el bando. El Ayuntamiento dio a la calle donde tenía la casa el Auditor el nombre de Villamil y en la sala de sesiones del Consejo existe una lápida que dice así: «A Don Juan Pérez Villamil, iniciador de la Guerra de la Independencia y a los Alcaldes Don Andrés Torrejón y Don Antonio Hernández que secundaron tan patriótico pensamiento, para perpetuar su memoria. La Junta Revolucionaria de 1868».

PRIMERAS VICTORIAS ESPAÑOLAS. EL APRESAMIENTO DE LA ESCUADRA DE ROSILY, (14 DE JUNIO DE 1808)

Después del 2 de mayo, las tropas francesas prosiguen su avance, y en el Bruc sufren su primera derrota, 6 de junio de 1808, a manos de los somatenes catalanes. Poco después comenzaba el Primer Sitio de Zaragoza, 12 de junio, pero es en Cádiz donde fuerzas regulares españolas alcanzan la primera victoria con el apresamiento de la escuadra francesa de Rosily, 14 de junio, fecha también de la segunda derrota en el Bruc. Transcurrido más de un mes, 19 de julio, los franceses van a sufrir su derrota más espectacular en Bailén. Fue la primera batalla perdida por el Ejército imperial y la primera ganada por el ejército regular español, la primera y la última; en adelante, las victorias serían de los ingleses y de los guerrilleros.

Pasemos a la Escuadra de Rosily, el almirante francés designado por Napoleón para sustituir a Villeneuve y que provocó, al enterarse éste, la salida precipitada de la escuadra franco española de Cádiz para evitar su relevo. Pues bien, cuatro días después de Trafalgar llegaba a Cádiz, en silla de postas, el almirante Rosily, tomando el mando de la escuadra formada por los buques supervivientes: 5 navíos, «Heros»,

«Algeciras», «Plutón», «Argonaute» y «Neptune», y la fragata «Cornelia», que desde octubre de 1805 permanecía al ancla en la bahía gaditana, bloqueada por la escuadra inglesa de Collingwood. A costa de España, y con los escasos recursos del Arsenal de la Carraca, esos buques fueron carenados, pertrechados y alistados. Tenían sus dotaciones al completo con los restos de las procedentes de los buques varados en la costa y estaban listos para salir a la mar.

Muy diferente era el estado de la escuadra española surta también en Cádiz, bajo el mando del jefe de Escuadra Don Juan Ruiz de Apodaca. Esa escuadra, llamada del Mar Océano, se componía de 6 navíos y una fragata, todos con faltas de marinería y artilleros, así como faltos de carena y con muy pocos pertrechos y víveres a bordo.

Decidida por Napoleón la ocupación de la Península, no olvidó la situación de la escuadra de Rosily, al cual el ministro de Marina francés, Decrés, previno en febrero de 1808, enviándole instrucciones e indicándole que situara a los buques fuera del alcance de las baterías españolas. Como misión principal a cumplir le ordenaba que impidiese a toda costa la salida de la familia real de la península.

En Cádiz, después de los sucesos del 2 de mayo, se alborotaron las clases populares, exigiendo la proclamación de Fernando VII, la efectiva declaración de guerra a Francia, y, como consecuencia, el inmediato ataque a los buques franceses surtos en la bahía. El capitán general Francisco Solano, marqués del Socorro, intentó calmar los ánimos, pero fue acusado por el pueblo de afrancesado y linchado en tumultuario furor popular, perdiendo la vida. Su relevo, Tomás Morla, encargó al jefe de Escuadra don Enrique MacDonell que se entrevistara con Collingwood para suspender las hostilidades con España. Morla intimidó a Rosily para que se rindiera y, cuando se percató que el francés intentaba ganar tiempo a todo trance, ordenó el ataque, el 9 de junio, que fue dirigido por Ruíz de Apodaca. Se le atacó con baterías que se habían emplazado en tierra, en tanto que una fuerza sutil de lanchas cañoneras, divididas en tres secciones de 15 unidades cada una y protegidas por el navío «Argonauta», al mando del brigadier don Ramón Topete, convergía desde la Carraca sobre los buques galos, así como los navíos «Príncipe de Asturias», y «Terrible», que también se dirigían hacia ellos desde Puntales y Matagorda, protegidos por el fuego de las baterías. Pese a ello, los franceses se defendieron durante cinco horas, hundiéndonos un par de lanchas, inutilizándonos 10 bombarderas y 5 cañoneras y silenciando nuestros fuegos de la batería de La Cantera. Sufrimos 8 muertos y 26 heridos, ellos confesaron 13 muertos y 46 heridos graves. El día 10 pidió parlamentar y trató durante tres días de ganar tiempo, sabedor de la toma de Córdoba por el general Dupont. Sin embargo, la ayuda no llegaba y el 14 de julio, al reanudarse el ataque, el «Herós», buque insignia de Rosily, izó bandera blanca. Además de los buques, se consiguieron 456 cañones y 3676 prisioneros. El triunfo llenó de orgullo a los gaditanos y fue un botín importante, que no se hubiese conseguido de haberse aceptado la colaboración inglesa de la escuadra de Collingwood.

A los pocos días se apresó el navío francés «Atlas» (74 cañones), que cometió el error de entrar en Vigo, creyendo que era todavía puerto aliado.

LA PARTICIPACIÓN INGLESA Y EL FACTOR NAVAL EN LA GUERRA

Para muchos autores una de las principales causas de la Guerra de la Independencia fue la lucha por la supremacía naval entre Inglaterra y Francia y el intento de Napoleón de cerrar los puertos peninsulares al comercio marítimo británico. Ambas naciones estaban en guerra desde 1793, una guerra que duraría 22 años, hasta 1815. Desde Trafalgar, octubre de 1805, Inglaterra mantuvo indiscutiblemente el dominio del mar, incluso en el periodo en que estuvo en guerra con los Estados Unidos, junio de 1812 hasta diciembre de 1814, en la que la poderosa flota británica tuvo que operar simultáneamente en dos continentes, combatiendo contra los buques de guerra franceses y sus ocasionales aliados norteamericanos, que ocasionaron grandes pérdidas al tráfico mercante británico. La presencia de buques americanos en el Canal de la Mancha ocasionó importantes interrupciones en las líneas de abastecimiento de Wellington, aunque por entonces las posiciones de las fuerzas británicas en la Península estaban consolidadas. Su presencia arranca con el envío de delegados de la Junta de Asturias a Londres, que sólo piden armas y dinero, pero los perspicaces estrategas británicos enseguida se percatan de que la Península Ibérica es el escenario más adecuado para que en el momento oportuno la potencia marítima aseste el golpe definitivo a Napoleón, que al llevar la guerra a una península comete un terrible error estratégico.

El dominio del mar permite a los ingleses:

- Traer y llevar tropas al escenario de la guerra, incluso desde lejanos teatros de operaciones, como fue el caso de la repatriación del ejército expedicionario del marqués de la Romana.
- Suministrar armas, equipos, municiones y caudales a los ejércitos aliados y a los guerrilleros.
- Permite la retirada de sus tropas ante una situación crítica sin que el enemigo pueda impedirlo, como fue el caso del ejército de Moore en Vigo y Coruña en 1809.
- Llevar a cabo operaciones de desembarco de tropas en los lugares más convenientes, incluso en la retaguardia del enemigo, como los realizados para librar la batalla de Chiclana.
- Aprovisionar a posiciones sitiadas como Cádiz, Gibraltar, las líneas de Torres Vedras, etc.
- Impedir que los franceses pudieran transportar hombres y material por mar, vía mucho más segura, rápida y barata que los deplorables caminos de la

Península que se vieron obligados a utilizar, siempre que no discurrieran por la costa, ya que los navíos aliados, además de apoyar con sus cañones a las fuerzas de tierra propias, podían atacar cualquier objetivo que estuviera al alcance de su artillería.

- Las vías naturales de comunicación más practicables entre Francia y la Península son costeras, y también por el litoral se prolongan las vías de acceso en sus primeros tramos cantábrico y mediterráneo, en especial en la costa catalana. A lo largo de toda la guerra las fuerzas navales aliadas hicieron vulnerable con su artillería y operaciones anfibia esas dos vías de invasión tan importantes para los ejércitos de Napoleón.
- La amenaza constante de las fuerzas navales aliadas contra las costas ocupadas por los franceses hizo que estos tuviesen que entretener grandes efectivos en la vigilancia y protección del litoral. En ocasiones, junto con los que dedicaron a la protección de las comunicaciones terrestres contra los ataques de los guerrilleros, llegó hasta el 70% de sus efectivos, que fueron tropas de menos que los franceses no pudieron oponer a los ejércitos franceses.

UNA GUERRA LARGA Y COMPLEJA

La Guerra de la Independencia, que desde 1808 a 1814 arrasó España, es bastante compleja desde el punto de vista de las operaciones militares. Participan ejércitos de cuatro naciones: España, Francia, Inglaterra y Portugal, además de numerosas partidas de guerrilleros (en algún momento de la guerra llegó a haber 330 partidas, que totalizaban unos 60.000 hombres).

Se libraron, entre batallas y combates de consideración, unas 240 acciones militares; los avances y retiradas por ambos lados fueron muy numerosos: Madrid fue evacuado por el rey José en tres ocasiones; Zaragoza sufrió 2 sitios y Gerona 3; Oviedo fue ocupado por los franceses y reocupado por los patriotas hasta 4 veces; hubo 3 sitios británicos a Badajoz. La ciudad que sufrió el sitio más prolongado fue Cádiz; se inició en la primavera de 1810, como consecuencia de la peor derrota del ejército patriótico en Ocaña, y se levantó en agosto de 1812, debido a la derrota de los franceses por Wellington en los Arapiles. La entrada de Napoleón en España, 4 de noviembre de 1808, propició serios reveses a los españoles: la derrota del ejército gallego en Espinosa de los Monteros, la del ejército de Extremadura en Gamonal, de los ejércitos central y de Aragón en Tudela, la del ejército de Cataluña en Molins del Rey y Cardedeu y la derrota del ejército patriótico en Uclés. El emperador abandonó España, para no volver más, a mediados de enero de 1809, en plena persecución del ejército británico de Moore, tarea que dejó en manos de Soult, duque de Dalmacia, quien no logró impedir el reembarque del ejército británico de 26.000 hombres en A Coruña (16-17

enero de 1809), a pesar de la victoria francesa en Elviña, donde Moore encontró la muerte. Napoleón ordenó un nuevo plan para arrojar de Portugal a los ingleses de lord Wellington; para ello eligió a su mejor mariscal, Massena, que tras apoderarse de varias plazas estratégicas se vio detenido por los ingleses ante la formidable línea defensiva de Torres-Vedras. Se vio obligado a retirarse a Castilla y, alcanzado por las tropas aliadas, se libró la batalla de Fuentes de Oñoro (1811); Soult, que acudía en auxilio de Massena, se vio completamente derrotado por tropas inglesas y españolas en Albuera. Wellington, persiguiendo al ejército en derrota, se apoderó de Ciudad Rodrigo y Badajoz y derrotó a los franceses en los Arapiles, lo que obligó, como antes hemos mencionado, a levantar el sitio de Cádiz y al rey José a abandonar la corte de Madrid. Unidas las tropas aliadas, persiguieron a los franceses en su huida hacia el norte, siendo derrotadas en Vitoria y en San Marcial.

Por la parte de Levante, el general Suchet abandonó Valencia para replegarse en la línea de Llobregat y, no pudiendo sostenerse en esta región, penetró en Francia (1814). Al tener noticia de la abdicación del Emperador en Fontainebleau (6 de abril de 1814), los generales Suchet y Soult pactaron con Wellington el fin de las hostilidades. Los franceses evacuaron las plazas que aún conservaban en su poder y con esto termina la Guerra de la Independencia.

LA MARINA EN 1808

En el Estado General de la Armada del año 1808 se relacionan 232 buques, de los cuales 149 se encuentran desarmados o inutilizados. Al iniciarse la guerra el número de buques de porte mayor (navíos de 54 a 114 cañones y fragatas de 34 a 54 cañones), así como su despliegue, era el siguiente:

- Cádiz, 9 navíos y 8 fragatas.
- Ferrol, 5 navíos y 5 fragatas.
- Cartagena, 2 navíos.
- Mahón, 7 navíos llegados con don Cayetano Valdés.
- En Ultramar, 4 navíos.

En gradas solo había 3 navíos, 1 fragata y un bergantín; todos en Ferrol, excepto el navío «Real Familia» en la Habana, el segundo de la Armada con ese nombre.

La Marina, por la edad de sus buques, se podía considerar envejecida. La edad media de los navíos era de 32 años y las fragatas, en general, estaban próximas a envejecer con sus 23 años de edad media. El decano de los buques tenía 56 años. En edad le seguía el navío «Guerrero», que había servido a tres reyes, servía al cuarto, y

terminaría su longeva vida con la Reina Gobernadora, como buen exponente de la excelente construcción naval española, iniciada por Jorge Juan.

LOS HOMBRES

Los cuerpos de oficiales eran el General con las tres compañías de guardiamarinas, Ingenieros, del Ministerio (hoy los de Intendencia e Intervención), de Pilotos, de Profesores médico-cirujanos y los Auditores, capellanes y Oficiales de marinería.

En cuanto al Cuerpo General, Cuerpo único de «Guerra de la Real Armada», en 1808 contaba con:

- 3 capitanes generales: Antonio Valdés, Francisco Gil (secretario del Despacho Universal de Marina e Indias) y Francisco de Borja capitán general de Cartagena.
- 25 tenientes generales, encabezados por Mazarredo, nombrado capitán general de Cádiz, pero que en el Estado General figura como «ausente», pues residía en Bilbao. Los tres últimos eran: Escaño (ministro del Consejo Supremo del Almirantazgo), Hidalgo de Cisneros (en Cartagena) y Salcedo, (del Almirantazgo).
- 28 jefes de Escuadra, 34 brigadiers y 84 capitanes de navío.
- Si exceptuamos a tres alféreces de fragata graduados, el último del escalafón era don José Ezeta, que todavía no gozaba de antigüedad hasta que no se examinara de los estudios elementales y diera pruebas en campañas de mar de desempeñarlos en la parte práctica.

En los empleos superiores a capitán de navío no existía el de almirante, sino los de brigadier, jefe de escuadra, teniente general y capitán general. Únicamente se les decía Almirantes y no Generales cuando mandaban unidades o escuadras.

Como dato orientador citaremos unos sueldos mensuales: jefe de escuadra, 2.500 reales; capitán de navío, 1.500; alférez de fragata, 250; y un granadero, 61.

Todavía en 1808 el cuerpo de Oficiales de la Armada constituía una de las corporaciones más brillantes de España, y ello debido a la calidad y cantidad de conocimientos profesionales, militares y científicos que la mayoría de sus miembros poseía.

Alta era la valoración a nivel nacional e internacional de los oficiales de la Real Armada, destinados por vocación propia a constituir el principal motor de la sociedad de la época, con unos oficiales preparados como «no hay ni habrá habido monarca en el mundo que los haya tenido», en opinión del marqués de la Victoria, y según la de Julián Marías «llenos de saber científico, de curiosidad, de probidad, de patriotismo español y europeo, de conciencia de su época...».

Reflejo fiel del alto papel que los oficiales de la Real Armada desempeñaban en la nación fue la importante intervención que tuvieron sus miembros en todos los campos a lo largo de la Guerra de la Independencia:

- En la mar, en tierra en fuerzas regulares y en la guerrilla.
- En la política y gobierno de la nación.
- En misiones diplomáticas.
- En el bando enemigo: afrancesados.

LAS TROPAS DE MARINA

Desde 1717, la Armada contaba con:

- los Batallones de Marina, para guarnecer los buques y Arsenales. En 1808 existían 4 batallones: 2 en Cádiz, 1 en Cartagena y 1 en Ferrol. En total sumaban 5.237 hombres
- En enero de 1809 se dispuso la formación de 6 regimientos de a 2 batallones cada uno, con los que se vuelve a los 12 batallones que ya existían en 1806. Cada batallón tenía 8 compañías, integradas por 150 hombres.
- Las Brigadas de Artillería, para servir la de los buques y baterías de Arsenales. Al comenzar la guerra había 20 brigadas: 7 en Cádiz, 7 en Ferrol y 6 en Cartagena. Cada brigada, mandada por un teniente de navío, estaba formada por 150 hombres. En total eran unos 3.080 hombres. Las fábricas de artillería de Liérganes y La Cavada tenían también personal de este cuerpo.

Todos los mandos y oficiales de las tropas, batallones y brigadas, eran del Cuerpo General.

ACONTECIMIENTOS EN CARTAGENA Y FERROL

Al tratar del apresamiento de la Escuadra de Rosily, hemos repasado muy brevemente lo que aconteció en Cádiz. Pasemos a resumir lo ocurrido en las otras dos cabeceras Departamentales.

A Cartagena le cabe la honra de ser la primera ciudad española que dio el grito de Independencia, pero también sus autoridades tienen «un baldón perpetuo» por consentir que se cometiese el horrendo crimen del asesinato de su capitán general, don Francisco de Borja, marqués de los Camachos y reconocido benefactor del pueblo cartagenero.

Los hechos ocurrieron como sigue. El día 22 de mayo se propaló la noticia de que el teniente general de la Armada don Justo Salcedo se iba a trasladar inminentemente a Mahón para tomar el mando de la escuadra de Cartagena y trasladarla a Tolón. También ese mismo día se supo la «renuncia de Bayona» y la represión de Murat contra los madrileños. A las nueve y media de la noche, ante una gran multitud apiñada en la plaza de Santa Catalina, que vitoreaba frenéticamente al rey Fernando VII, secuestrado en Francia, el regidor don Ciro García de Cáceres tremola el estandarte real y le proclama legítimo rey de España. Seguidamente se reúnen las autoridades civiles y militares en el salón consistorial, obligan al capitán general de Marina a entregar los pliegos del Gobierno que ordenan la ida de nuestra escuadra a Tolón, mandan que regrese a este puerto, se constituyen en Junta Soberana, destituyen al capitán general Borja y a otros mandos militares y nombran a don Baltasar Hidalgo de Cisneros nuevo capitán general.

El anciano don Francisco de Borja, que temía por su vida, por haberse convertido en blanco de las iras populares, se refugió en el convento de San Francisco. Pronto se calmaron los ánimos y volvió a su casa de la calle Mayor (hoy en día sede del casino de Cartagena) donde las nuevas autoridades le pusieron una guardia para protegerle. El día 10 de junio, la noticia de los sangrientos sucesos de Valencia y otras esparcidas con siniestras miras provocaron que el populacho se alborotara y que se lanzaran gritos de muerte contra el anciano general. Cuando la plebe se agolpaba frente a su casa, abandonado por la guardia que lo custodiaba, fue sorprendido cuando intentaba escaparse y protegerse en el cercano Arsenal, cuyas puertas habían sido cerradas. Allí le alcanzó la muchedumbre, fue vilipendiado y acuchillado y su cadáver fue arrastrado por las calles. El general del Arsenal, don Nicolás de Estrada, intentó auxiliarlo sin éxito.

Por último, recordaré que Cartagena fue de las poquísimas ciudades españolas que nunca fue ocupada por los franceses.

Pasemos a la capital del Departamento Marítimo del Norte. Ferrol también se levantó con entusiasmo contra el invasor. Se creó una Junta presidida por el Gobernador político-militar, capitán de navío don Joaquín Fidalgo, que procedió a organizar la defensa con personal civil y militar, creándose la Milicia Honrada, cuyos mandos eran retirados de Ejército y Armada. También el Departamento formó unidades que se fueron integrando en el Ejército de Galicia. Así, el 17 de junio salen de Ferrol cuatro batallones de marinería al mando del brigadier de la Armada, don Francisco Riquelme, que morirá al frente de sus tropas en la batalla de Espinosa de los Monteros.

A petición del Ejército de Galicia se solicitaron a la Armada unidades de zapadores. Con personal de la Maestranza del Arsenal se formaron dos compañías, una de ellas al mando del teniente de navío ingeniero don Fernando Tovar. Salieron a mediados de julio y en Astorga se integraron en cada una de las dos Divisiones del Ejército de Galicia. También organizó el Departamento un batallón compuesto por

presidarios del Arsenal. Se le llamó «La Victoria» y al mando del capitán de fragata don Antonio Miralles salió en septiembre de 1808, tomando parte en las principales batallas en las que participó el Ejército de Galicia.

Después de la retirada y reembarco del ejército inglés en A Coruña (por las prisas no les dio tiempo a incendiar el Arsenal de Ferrol, tal como tenían previsto), el 21 de enero se presentó el ejército francés ante los muros de la plaza de la capital departamental. Pocos días duró la resistencia, pues el 26 se firmó la capitulación de la plaza de Ferrol. Al día siguiente entraba el mariscal Soutl por la Puerta de Canido al frente de un ejército de unos 5.000 hombres. Le acompañaba el teniente general de la Armada don Pedro Obregón, al que nombrará nuevo capitán general en nombre de José I, y que desde los inicios de la guerra estaba detenido en el castillo coruñés de San Antón, por afrancesado.

Ferrol permaneció ocupado por los franceses hasta el 24 de mayo. Poco después tomó el mando del Departamento el jefe de escuadra D. José de Vargas, quien pocos meses después, 10 de febrero de 1810, sería sacado de su residencia del Arsenal por una masa de gente enfurecida, al haberse corrido la falsa noticia de que tenía dinero escondido, con el cual se podía pagar los sueldos atrasados que se debían al personal. Vargas, pues, siguió la misma suerte que Borja en Cartagena: arrastrado y asesinado por el populacho. Así terminó sus días uno de los héroes de Trafalgar, donde había resultado herido mandando el navío «San Ildefonso».

ACTUACIÓN DE LA ARMADA. HOMBRES, BARCOS Y TROPAS EN ACCIONES NAVALES

Aunque los hombres y tropas de la Real Armada combatieron, en general, en tierra, debido principalmente al dominio naval inglés en las costas peninsulares, los escasos buques de la Armada desarrollaron una notable actividad. Los buques de mayor porte mantuvieron las comunicaciones con ultramar, en especial para la traída de caudales a la Península. Los buques pequeños operaron en colaboración con los ingleses en el bloqueo de costas, en el aprovisionamiento de tropas, partidas de guerrilleros, ciudades costeras y operaciones anfibias.

El mar y las fuerzas sutiles jugaron un importante papel en la defensa de Cádiz. En 1810 ya teníamos armadas más de 80 lanchas, divididas en dos flotillas, una al mando de don Cayetano Valdés para operar en la bahía y otra mandada por don Juan Topete para los caños. Ambos se habían ya batido en tierra contra los franceses, el primero en Espinosa de los Monteros, donde resultó herido, y Topete en Talavera, donde ganó el ascenso a jefe de escuadra al frente del 2º regimiento de Marina. También hay que destacar las acciones de las fuerzas sutiles al mando del capitán de navío don Francisco Mourelle, que lograron detener a las fragatas francesas que trataban de entrar en Rota, o el golpe de mano del teniente de navío Parra sobre Huelva con tres

cañoneras, así como el del alférez de fragata Sanjurjo Montenegro, de la fragata «Esmeralda», que embarcó 45 soldados de la guarnición del buque que, junto con fuerzas británicas, desembarcó en el Puerto de Santa María tomándole a los franceses dos fuertes y llevándose a sus guarniciones prisioneras a Cádiz. Y así muchísimas acciones, cuya descripción rebasaría los límites de este trabajo. Por ello, nos limitaremos solamente a mencionar la expedición de Renovales, en el Cantábrico, la defensa de Rosas y de Tarragona, el destacado papel de la escuadrilla del capitán de navío Carranza en los victoriosos combates de Puente Sampayo, con motivo de la recuperación de Vigo, combates en los que se distinguió el sargento de batallones de Marina don Pablo Morillo, veterano de Tolón, de San Vicente y de Trafalgar, que pasó al Ejército donde alcanzó el empleo de teniente general.

Por último, mencionaré la operación la operación anfibia o, mejor dicho, el transporte de tropas de más envergadura de la guerra, llevado a cabo por fuerzas españolas, inglesas y portuguesas desde Cádiz hasta Tarifa y Algeciras, para atacar a la retaguardia francesa y que dio lugar a la batalla de Chiclana, librada el 5 de marzo de 1811.

OPERACIONES EN TIERRA

Entre 1808 y 1814, tanto los Batallones de Marina como las Brigadas de Artillería participaron en las principales batallas, sitios y combates: Bailén, Espinosa de los Monteros, Uclés, Villena, Astorga, Ciudad Rodrigo, Tamames, Ciudad Real, Medina de Rioseco, Talavera, Ocaña, Albuera, San Marcial, sitios de Cádiz, Zaragoza y Gerona, defensa de Tarragona, Rosas, etc. Las fuerzas de Ferrol actuaron fundamentalmente bajo el mando del capitán general de Galicia, don Joaquín Blake. Las de Cádiz se incorporaron al ejército de Castaños y las de Cartagena al principio se integraron en el de Valencia del general González Llamas y posteriormente en el ejército de Cataluña.

A las tropas de Ferrol les cupo el honor de perseguir al francés hasta la última batalla de Tolosa, en Francia (10 de abril de 1814), y por ello se le concedió a la bandera del 6º regimiento la Corbata Azul y la Cruz de Distinción de Tolosa.

Los granaderos de Cartagena se cubrieron de gloria en los sitios de Zaragoza, defendiendo la puerta del Carmen.

Las tropas de Cádiz conocieron el triunfo en Bailén y la derrota en los llanos de Ocaña, correspondiendo al primer regimiento de Marina, al mando de don José Salomón, proteger la retirada del ejército, en virtud de los exigentísimos privilegios de ocupar el primer puesto de vanguardia en la ofensiva y la extrema de retaguardia en las retiradas. Su labor en Ocaña fue ordenada y eficaz pese a la desbandada española, aunque costó un elevado número de bajas: 24 oficiales y más de 1.000 soldados. En esta misma batalla se distinguió el 2º regimiento al mando de don José Meléndez.

Varios Generales de Marina que se distinguieron en campañas terrestres fueron el jefe de escuadra don Felipe Jado Cagigal, que estando ya retirado mandó una división, como mariscal de campo, en el ejército de Galicia, batiéndose en la batalla de Medina de Rioseco y en la de Espinosa de los Monteros. También en esa misma batalla fue herido el jefe de escuadra don Cayetano Valdés, héroe de San Vicente y Trafalgar. Otro jefe de escuadra, don Juan José García, mandó una división a las órdenes del marques de la Romana

EN EL GOBIERNO

En el gobierno de la nación varios oficiales de Marina ocuparon puestos preeminentes. En la Junta Central, que se constituyó en Aranjuez en septiembre de 1808, uno de los miembros fue Antonio Valdés, que encabezaba el escalafón como capitán general más antiguo de la Armada .

Cuando la Junta Suprema pasó sus poderes a un Consejo de Regencia, en los cinco sucesivos que se constituyeron , formaron parte los siguientes marinos:

- Primer Consejo (enero 1810) -5 miembros; presidente obispo de Orense; formó parte Escaño.
- 2º Consejo (octubre 1810) -3 miembros; presidente general Blake; formaron parte el jefe de escuadra don Gabriel Císcar y el capitán de fragata don Pedro Agar.
- 3º Consejo (febrero 1812) -5 miembros; presidente duque del Infantado, formó parte el teniente general de la Armada don Juan María de Villavicencio.
- 4º Consejo (marzo 1813) -3 miembros; presidente Arzobispo de Toledo; repitieron Císcar y Agar. Esta junta se trasladó a Madrid y ejerció sus funciones hasta mayo de 1814, en que habiendo entrado en España Fernando VII, desde Valencia los mandó encarcelar.
- En 1823, cuando los 100.000 Hijos de San Luis, se constituyó otra regencia de 3 miembros, presidida por don Cayetano Valdés y en la que Císcar también formó parte.

EN MISIONES DIPLOMÁTICAS

La primera Junta provincial en enviar representantes a Inglaterra fue la de Asturias. Los dos comisionados llegaron a Londres el 7 de junio, uno de ellos era el oficial de la Armada don Diego de la Vega. A los quince días llegaban los representantes de Galicia, entre ellos el teniente de navío don Joaquín Freire.

La legación que envió a Londres la Junta Suprema de Sevilla estaba encabezada por el jefe de escuadra Ruiz de Apodaca, su ayudante el teniente de fragata don Rafael Lobo y, entre otros, como secretario el teniente de navío don Lorenzo Noriega. Salieron de Cádiz al día siguiente de rendirse la escuadra de Rosily y llegaron a Londres a mediados de julio, donde fueron muy bien recibidos. Allí estaban los comisionados de Asturias y de Galicia, entre estos el teniente de navío Freire y el de fragata Bermúdez de Castro, ambos retirados. Después llegaría, también por la Junta de Galicia, el capitán de fragata Connock.

Una de las misiones de la legación era la de repatriar a las tropas del marqués de la Romana en Dinamarca, siendo el ejecutor del plan de repatriación el teniente de fragata Lobo. Unos 10.000 hombres regresaron a España en buques ingleses bajo el mando del contralmirante Keats, mientras que unos 4.000 hombres quedaron prisioneros en las islas danesas de Zelândia y Jutlandia. Apodaca fue nombrado ministro plenipotenciario de S.M. en Londres y negoció el tratado de paz, amistad y alianza entre España y el Reino Unido, firmado en la capital británica el 14 de enero de 1809

Como es bien conocido, el marqués de la Romana, don Pedro Caro y Sureda, sentó plaza de guardiamarina en 1775 y tomó parte en la conquista de Mahón, ataque a Gibraltar y combate de cabo Espartel. En 1790 ascendió a capitán de fragata y tres años después pasó al Ejército. En la Guerra de la Independencia reemplazó a Blake al frente del ejército de Galicia y en 1809 sustituyó a Del Parque en el mando del «Ejército de la Izquierda». No logró salvar Sevilla en enero de 1810, pero operó con gran eficacia en Portugal y Extremadura hasta morir de un ataque cardíaco mientras intentaba liberar Badajoz (1811).

EN LA GUERRILLA

Hubo también un buen número de marinos y de personal que había servido en la Armada que lucharon en las guerrillas: alcanzaron fama el teniente de fragata Escandón en Asturias; José Brandaurís, comandante de Marina de Villagarcía, que organizó una partida con soldados dispersos; capitán de navío Ignacio Narrón, que vivía retirado en Nájera y pasó a mandar una guerrilla; el teniente de navío Alfonso de Rojas en La Mancha, donde también desempeñaron diferentes mandos en las denominadas «partidas de escopeteros» tres alféreces de navío y cuatro de fragata.

Pero el que alcanzó mayor celebridad fue Juan Díaz Polier, al que muchos autores le atribuyen la condición de guardiamarina e incluso de antiguo oficial de la Armada, cuando en realidad fue «aventurero»; es decir, joven que embarcaba en los buques de guerra con el propósito de hacer carrera en la Armada. No gozaban de sueldo ni de uniforme, aunque arranchaban con los guardiamarinas. Polier, nacido en Cartagena de Indias en 1788, era hijo natural del capitán de navío do Esteban Polier,

pero fue su tío y protector, el también capitán de navío don Rosendo Polier, quien lo embarcó en La Habana en el «Neptuno». Después, tío y sobrino pasan al «Argonauta», que parte hacia la Martinica con la escuadra franco-española de Villeneuve. Polier participa en el asalto al fuerte del Diamante, en el combate de Finisterre y más tarde, a bordo del «Príncipe de Asturias», en el desastre de Trafalgar. Poco después abandona la armada y en 1806 lo vemos de capitán en el regimiento de Mallorca. En la Guerra de la Independencia con las tropas regulares participa en tres combates contra los franceses, donde sale derrotado. Entonces decide formar su propia guerrilla y durante seis años luchó con todas sus fuerzas por liberar a España del yugo francés con su partida formada por varios miles de hombres. El día 3 de octubre de 1815 Polier murió en el patíbulo, en A Coruña, por haberse pronunciado contra Fernando VII. Tenía 27 años y era mariscal de campo.

LOS AFRANCESADOS

El personal de la Armada dispensó a todos los niveles un rechazo generalizado al rey intruso, salvo unas pocas excepciones: los afrancesados. Sobre ellos dice Fernández Duro: «unos pocos españoles, que, dicho sea en puridad, no eran ni de los menos ilustrados, ni de los menos dignos, ni de los menos amantes de la patria». El paradigma es el teniente general de la Armada don José de Mazarredo. Considerado por la mayoría de los historiadores navales como el mejor almirante español de todos los tiempos, aceptó del rey José el cargo de Secretario del Despacho de la Armada, lo que le hizo perder parte de la estimación con que le distinguían la mayoría de sus compañeros e incluso la amistad de sus mejores amigos, entre ellos el más entrañable de sus colaboradores don Antonio de Escaño.

Sin embargo, aún sirviendo a una causa impopular, siempre trabajó a favor de los intereses de su patria y de la Armada. Su actitud fue de firmeza y de rechazo contra los planes del Emperador, como quedó demostrado cuando Napoleón dispuso que la Escuadra de Ferrol se trasladara a Brest con dotaciones francesas, para cuyo fin llegó a aquella ciudad un contralmirante con oficiales y marinería de aquella nación. Enterado de ello, Mazarredo se trasladó a Ferrol, impidiendo con su actitud personal que 11 navíos, 4 fragatas y otros buques menores pasaran a manos francesas. Su «afrancesamiento» puede en parte disculparse, habida cuenta de la ingratitude de Carlos IV y de Godoy, que haciendo olvido de las brillantes dotes de Mazarredo y de los relevantes servicios prestados, se obstinaron en mantenerlo durante 6 años apartado injustificadamente de su destino, persiguiéndole y desterrándole, y pudo ser, según el historiador Cervera Pery, la actitud de «afrancesado de puro patriota».

Otros dos tenientes generales de la Armada también sirvieron al rey José: don José Justo Salcedo, el que fue designado para tomar el mando de la escuadra de Ma-

hón en relevo de Valdés. Le sorprendió en Valencia el ataque francés, contribuyendo a su defensa. De la capital del Turia pasó a Madrid y allí cambió de bando. Don Pedro de Obregón fue el otro afrancesado, el que fue capitán general de Ferrol durante la ocupación francesa de la capital departamental.

LA ARMADA, LA GRAN PERJUDICADA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Realmente, la Armada fue la gran perjudicada de la guerra, la que llevó la peor parte. Apenas recibió atención, viendo expoliadas sus menguadas existencias, pues lo poco o mucho que hubo siempre se otorgó al Ejército. No hay duda de que ello fue debido a la necesidad de adaptar su personal y su material a las modalidades de la lucha en tierra. Así, de sus arsenales, depósitos y hasta de los menguados pertrechos de sus buques salieron cañones, fusiles, carabinas, pistolas, sables, cuchillos, etc. así como cuantos metales y materiales estaban disponibles, que fueron fundidos en los hornos de Cádiz y Jubia a fin de fabricar armas y municiones.

De la exposición sobre el estado de la Marina hecha a la Regencia por el ministro Vázquez Figueroa, el 20 de octubre de 1812, leemos: «en salir fuera de su elemento y presentarse en tierra al frente de los enemigos de la patria, con tan buen éxito que han fijado su opinión de que lo mismo manejan el tridente de Neptuno y la espada de Marte que el cetro de Minerva. ¿Pues qué más quiere pedir la nación a la Marina? ¿Qué más ha hecho ningún otro cuerpo? ¿y de quién más puede y debe esperarse que de éste? Pasemos a examinar la situación de sus individuos».

«... Desde los comandantes generales hasta los últimos jornaleros experimentan la misma suerte; ... del mismo modo perecen de hambre los jefes más superiores que los súbditos más ínfimos..., todos perecen y todos claman porque se tenga con ellos la justa consideración a que son acreedores; no hay uno cuyo semblante no manifieste el hambre que lo devora, y que de no ser socorrido va precisamente a ser víctima de la miseria en que le ha constituido la falta absoluta de pagas».

«...¿Qué razón hay para que cobre su paga mensualmente un intendente del Ejército, un administrador de rentas, y le falte por 33 meses a un capitán general de Departamento, y a tantos beneméritos oficiales que no han gozado ni gozan de otro patrimonio que sus sueldos?... ¿Pues qué deberá decirse de tantos oficinistas de todas clases que, lejos de sufrir el menor gravamen ni atraso en sus haberes se presentan hasta con lujo, al mismo tiempo que los oficiales de marina, con más años de buenos servicios que aquellos de edad no tienen que comer, ni sus familias, y se ven en el duro caso de perecer, como ha sucedido, o de pedir limosna, cual con asombro de los buenos se experimenta en el día en los tres Departamentos».

En 1812 el teniente general don Nicolás Estrada, capitán general de Cartagena ofreció su dimisión por «la miseria en que se arrastra el departamento». Más tarde, en la última regencia, afirma el responsable de la Armada don Francisco Osorio, quien sería recordado como consecuencia de la memoria leída en las Cortes, el 4 de marzo de 1814, en la que reflejó fielmente el estado de la marina: «Los arsenales están en ruinas, el personal abandonado y en orfandad, a nadie se le paga...», palabras muy elocuentes por sí solas, que ocasionaron que unos diputados protestaran por el olvido en que vivía la Armada, y para que otros llegaran a proponer su supresión.

Pero todavía tendrían que llegar tiempos más duros, con el reinado del rey felón, Fernando VII, el «de la Marina poca y mal pagada».

CÁTEDRA JORGE JUAN

“La Guerra de la Independencia fue la puntilla que acabó con la Marina”

Mariano Juan y Ferragut explicó la participación de la Armada en la lucha contra los franceses

El capitán de navío y vicepresidente de la Fundación Letras del Mar, Mariano Juan y Ferragut, participó ayer en el ciclo de conferencias de la Cátedra Jorge Juan con una didáctica charla sobre la Guerra de la Independencia (1808-1914) y la presencia en ella de la Marina.

M.J.A. y FERROL

■ La Guerra de Independencia contra los franceses se libró principalmente en tierra. Sin embargo, el mar fue muy importante para la consecución de la victoria y también los marineros, cuyos oficiales eran en aquel momento “la élite de la élite de España”, según Mariano Juan y Ferragut. La Armada –que todavía en 1808 es la corporación más prestigiosa de España”, dice– está presente en las guerrillas terrestres, en los consejos de regencia y también en las misiones diplomáticas y las firmas de los tratados.

“La Marina se vació en la lucha en tierra porque el mar no era problema ya que lo dominaban los ingleses (aliados de España junto con Portugal)”, explica este capitán de navío en la reserva. Por mar llegaban las provisiones a las ciu-

dades –así resistió Cádiz– y también continuos ataques que mantenían dispersas a las tropas francesas. “Esa es la agilidad y la movilidad que da la fuerza naval. El gran error de Napoleón fue traer la guerra a una península sin dominar el mar”, explica Juan y Ferragut.

Tras seis años de lucha, España quedó devastada. “La Marina fue la gran perjudicada porque lo dio todo y al terminar la guerra estaba todo arrasado. Pasó un período tan bajo como nunca había sufrido”, comenta. De hecho, a pesar de que la brillante fuerza naval de la ilustración había recibido un golpe mortal en Trafalgar, todavía conservaba cierto poderío. “La Guerra de la Independencia fue la puntilla que acabó con la Marina”. La institución no se recuperaría hasta el reinado de Isabel II.

Ferrol > La ciudad departamental sufrió el dominio francés durante sólo cuatro meses. Las tropas invasoras llegaron persiguiendo al ejército inglés, capitaneado por John Moore, que huyó por barco. Tal y como explica Juan y Ferragut, “Ferrol contribuyó con varios regimientos que lucharon en tierra”. Uno de ellos pasó incluso la frontera y participó en la última batalla de la guerra, la que se celebró en Tolosa en abril de 1914.



Mariano Juan y Ferragut, durante su conferencia

LUIS POLO

■ BIOGRAFÍA

Un profundo conocedor de la historia marítima

■ El capitán de navío Mariano Juan y Ferragut ha desempeñado varias funciones relacionadas con la historia de la Marina. Fue director de la Revista General de Marina desde noviembre de 1997 hasta mayo de 2006, cuando fue nombrado consejero colaborador del Instituto de Historia y Cultura Naval. Es vicepresidente de la Fundación Letras del Mar y presidente del Comité Asesor de dicha fundación. Además es académico de número de la Real Academia de la Mar, vicesecretario general de la Asamblea Amistosa Literaria, vocal de la Comisión de Cultura de la Real Liga Naval Española y del Instituto Almirante Brown. Todo este bagaje cultural le ha permitido participar en la organización de varias exposiciones, como la que se realizó en Cartagena en 1988 sobre Isaac Peral, que permitió que todo el material que estaba almacenado en Madrid se exhiba en la actualidad en la ciudad murciana. Ha prologado varios libros y es colaborador habitual de diferentes publicaciones sobre la historia naval.

Una historia heroica ■ O al menos muy interesante es la que trata de *La Armada y el factor naval en la guerra de la independencia*. La contó el erudito capitán de navío **Mariano Juan y Ferragut**, vicepresidente de la fundación Letras del Mar y director entre 1997 y 2006 de la *Revista General de Marina*. Ferragut, que es un especialista en guerra y armas submarinas y comandó cinco navíos, uno de ellos el sumergible S-34 *Cosme García*; desgranó las vicisitudes y el trabajo de la Armada en los años negros de la invasión napoleónica de la Península; una época oscura para quienes vivían en tierra firme, pero muy dura para los marinos que afrontaban la contienda marcados por la todavía muy reciente y desastrosa derrota de Trafalgar. Pero la historia de la Armada

en esos años no sólo es interesante, también es provechosa en términos materiales, y es que los estudiantes que acudieron a escuchar a Ferragut al edificio de servicios generales también tuvieron el placer de embolsarse un crédito de libre configuración para su carrera universitaria. Son las ventajas de la cátedra Jorge Juan.



CÉSAR TOIMIL

El capitán Juan y Ferragut, en plena conferencia